**La humanidad de Stephen Hawking**

Aunque resulte una colosal obviedad afirmar que la sabiduría camina al lado de la excentricidad o de la más común de las humanidades, quedé muy sorprendido cuando leí la noticia: «Setephen Hawking, el prestigioso físico británico, manifiesta que dedica gran parte de su tiempo a intentar descifrar el ‘fascinante’ sexo opuesto». Debajo del titular, una excelente fotografía de su despacho donde destaca un gran cuadro de la mítica Marilyn Monroe, más otros objetos un tanto infantiles, entre los cuales resalta un retrato en color de la familia Simpson.

El eminente cosmólogo, una mente excepcional en un cuerpo deformado, divorciado en dos ocasiones, no ha conseguido a sus 70 años encontrar a su compañera ideal, y el hombre en un gesto de honradez, no sé si con melancolía o resignación pragmática, reconoce que el universo femenino presenta imprevisibles singularidades. En cualquier caso considero su confesión llena de candor.

Si para un ciudadano del montón resulta una dificultad, me imagino los grandes escollos de sus esposas para llevar una vida donde, además del imprescindible atractivo físico –cuestión tan personal como inabordable– puedan afrontar temas medio afines. Me pregunto: «¿Existirán damas capaces de mantener asuntos tan específicos como la posibilidad de descifrar nuestros orígenes con modernos instrumentos a partir de la huellas en la luz espacial dejada en los primeros momentos de la formación del Universo?».

Conozco a más de un amigo que optaron por la soltería –también con alguna que otra separación– para dedicarse con serenidad a la literatura o al estudio. Coinciden en rasgos generales: «Lo intenté y no pudo ser: no lograron seguirme y carecí de capacidad para adaptarme a sus intereses, muy normales y comprensivos, pero incompatibles con mi vocación».

Marco del Giudice, de la Universidad de Turín y colaboradores de la Universidad de Manchester, tras un detenido estudio centrado en cinco escalas globales: extraversión, ansiedad, obstinación, independencia y autocontrol, llegan a la conclusión –sin pretensión de considerarla definitiva– a rechazar la hipótesis de las similitudes de género. Aseguran que existen diferentes factores biológicos, evolutivos y culturales.

Admiro a los científicos y acepto mi deuda permanente por su contribución al bienestar de todos, admitiendo que la ética nunca es universal. Bien conocido es su anonimato, honorarios escasos, la carencia de medios –muchas naciones supeditan la inversión para lograr objetivos más políticos a corto plazo– y sus dificultades para armonizar una vida familiar, salvo que sus compañeras también pertenezcan al mundo de las ciencias o un sublime amor lo logre.

Desde mi admiración a tan gran cosmólogo, me atrevo a decirle –somos de la misma ‘quinta’– que, aunque nunca resulta tarde para emprender cualquier aventura, deje de pensar tanto en un problema irresoluto. Que se centre en seguir profundizando en el Cosmos porque resolverá antes el enigma de su finitud, por ejemplo, que descubrir al fascinante sexo opuesto. Le aconsejaría que quitase el monumento de mujer que adorna su científico bufete: las miraditas de soslayo nos hacen pestañear, generalmente avivan el seso y conducen a una permanente ficción.